

Los Sepulcros Reales de Poblet

Pocos conjuntos artísticos españoles pueden presumir de una historia tan larga y plagada de despropósitos. Lo que hoy día se contempla en el monasterio de Poblet es apenas una sombra de lo que fue

PEDRO NAVASCUÉS PALACIO

*Catedrático de Historia del Arte
Escuela de Arquitectura, Madrid*

Cuando se visita hoy el monasterio de Poblet, atraídos por la belleza e interés del lugar, se olvida que este cenobio cisterciense representa uno de los mayores esfuerzos hechos en nuestro país por la recuperación integral de un monumento, desde su original destino monástico hasta su reintegración arquitectónica.

No entramos ahora en las recientes obras que, a nuestro juicio, quiebran la buena línea que caracterizó la restauración de Poblet, sin desconocer tampoco que en un tiempo tan largo y con criterios distintos muchas cosas se han ido sacrificando en aras de una equivocada idea de pureza cisterciense.

Eduardo Toda i Güell, tan estrechamente vinculado a la salvación del monasterio, escribió un libro sobre *La Destrucció de Poblet* (1935) en el que, a lo largo de 381 páginas, se hace un repaso de las vicisitudes que conoció el monasterio en el siglo XIX, donde la barbarie, la incuria, el abandono, bastardos intereses y la acción oficial, produjeron un daño inconmensurable del que sólo la memoria puede ahora dar cuenta.

Para eso tenemos otro libro publicado en 1983, la *Historia de la restauración de Poblet* de Juan Bassegoda Nonell que, en 357 páginas, resume los episodios más sobresalientes de esta ejemplar reconstrucción, refundación y verdadera resurrección de la abadía de Poblet.

Pero el texto de Bassegoda, que in-

tervino muy certeramente como arquitecto en el monasterio, a pesar de su extensión viene a ser sólo el guión mínimo de lo que supuso la acción emprendida en Poblet, pues cada una de las dependencias monásticas, cada detalle, cada hueco, ventana o capitel, tiene su particular biografía, por no decir nada de la recuperación de los fondos artísticos y documentales repartidos por los lugares más insospechados, unas veces en manos de particulares y otras en organismos públicos, pues la historia moderna de Poblet es la búsqueda de una imagen perdida a partir de un expolio difícil de sospechar hoy, por lo que no estará de más el recordarlo en reconocimiento a la la-

bor hecha allí por varias generaciones.

Uno de los capítulos más sorprendentes, pleno de contenido político y religioso, además de su alcance artístico, es el correspondiente a la destrucción y feliz restauración de las seis tumbas de los Reyes de la Corona de Aragón que componían la llamada Capilla Real en el crucero de la iglesia. Sabido es cómo Pedro IV el Ceremonioso se ocupó y preocupó de la formación de este panteón dinástico, que tiene una posición verdaderamente original e ingeniosa en la iglesia, pues se colocaron los sepulcros sobre unos arcos escarzanos (1360) en el crucero, de tal modo que no impidían el paso de los monjes en su movimiento procesional por el templo y, al mismo tiempo, se situaban entre el presbiterio y el coro, en un lugar de honor por su vista y altura.

En el lado del Evangelio estuvieron los sepulcros de Jaime I (1276); Pedro el Ceremonioso (1387) y sus tres mujeres, María de Navarra, Leonor de Portugal y Leonor de Sicilia; y Fernando I de Antequera (1416) acompañado de su mujer doña Leonor. En el lado de la Epístola, Alfonso II (1196), Juan I (1396) y sus dos mujeres, doña Matea de Armagnac y doña Violante de Bar; y Juan II (1479) con su segunda mujer doña Juana. A estas doce esculturas hay que sumar las de Alfonso V el Magnánimo y el de su hermano Enrique, primer duque de Segorbe, ambas en actitud orante sobre altos pedestales propios, y aquellas de los monarcas ya citados que, además de vestir ropas e insignias reales, se representan también con el hábito cisterciense como Alfonso II, Jaime I y Fernando I.

A su vez, la de Juan II se repite con armadura con lo cual, por la puntual descripción que hizo el P. Finestres en el siglo XVIII, había dieciséis yacentes, bajo una arquitectura de madera policromada a modo de grandes



Nave central y **Sepulcros Reales** en Poblet.



El grabado de **Laborde**, realizado en 1806, nos permite imaginar la disposición exacta de los **Sepulcros Reales** antes del primer expolio. Arriba, foto actual desde un encuadre muy parecido.

doseles, según puede verse en el grabado de Laborde, incluido en su *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne* (París, 1806-1820), más las dos orantes citadas, y una serie no menor de infantas en los aledaños de la Capilla Real.

En aquella imagen, así como en la excelente litografía que hizo Parcerisa para la obra *Recuerdos y Bellezas de España* (Barcelona, 1839-1865), aparecen también incorporados en su base los monumentales entierros de los duques de Cardona y Segorbe, con puerta de acceso, escudos y relieves verdaderamente magníficos que, añadidos

en 1660 por Juan y Francisco Grau, no desmerecían de la obra hecha por los maestros medievales Aloy, Guines, Cascalls y Jordi Johan, entre otros.

Estas cámaras sepulcrales tenían también dos caras, una mirando a la nave central y otra, a su espalda, hacia los brazos del crucero, componiendo en suma uno de los conjuntos funerarios más impresionantes que pudiéramos encontrar en el arte europeo, si bien hoy es sólo una tenue sombra de aquello.

Madoz, en su *Diccionario*, escribe lo siguiente en 1849: "Durante la calamitosa época de la última guerra civil

[carlista], ha sido completa la destrucción de este monasterio; abandonado por sus monjes el 24 de julio de 1835, en virtud del decreto de exclaustación, el hacha en el bosque y la tea incendiaria en el edificio, lo aniquilaron del todo; las columnas volantes [del ejército] que por allí transitaban, fijaron sus vivaques en la iglesia, y codiciando imaginarios tesoros ocultos, violaban las tumbas, esparramando los esqueletos, y reduciendo a cenizas las vestiduras de los difuntos para fundirlas en el crisol; allí han perecido curiosos efectos históricos, ricos ornamentos y mil preciosidades dignas de perpetua conservación. Este real sitio era una joya artística que debió ser respetada y protegida, siquiera atendido su carácter histórico. Hoy se halla reducido a un montón de ruinas..."

Todo cuanto dice Madoz es rigurosamente cierto, queriendo poner aquí especial énfasis en la extendida idea de que el monasterio guardaba incalculables tesoros ocultos, pues esta falsa expectativa se convirtió en el principal motor de su destrucción, de tal manera que, en 1888, el gobernador civil de Tarragona hubo de prohibir "hacer excavaciones en el recinto del monasterio en busca de supuestos tesoros o con cualquier otro pretexto, así como la mutilación o arranque de ninguna de las esculturas que aún se conservan, ni de ladrillos, ni restos de sepulcros, ni de ninguno de los objetos que se custodian en las capillas del ábside de la iglesia, ni practicar obra alguna que directa o indirectamente afecte a la integridad del monasterio, ni escribir en las paredes firmas, versos (!) o inscripciones de ninguna clase".

Pero nuestro asombro llega a límites insospechados cuando, a continuación, sabemos de la tramitación de permisos oficiales a particulares por parte de la Comisión de Monumentos de Tarragona y de la Dirección General de Bellas Artes del Ministerio de Fomento para la exploración del subsuelo como si de un coto minero se tratase. Así, además de las excavaciones furtivas e incontroladas, se formaron auténticas compañías que, como la de los hermanos Palau y Riquer, obtuvieron,

en 1893, una autorización para buscar un tesoro que previamente se había valorado en 235.200 duros de plata (!).

Al año siguiente, un testigo presencial escribía: "Nada menos que diecinueve pozos de unos catorce metros de profundidad y varias galerías que ponen en comunicación algunos de aquellos, se han abierto en distintos puntos de la iglesia del ex-monasterio de Poblet...". Todo fue inútil y nada se encontró.

Es decir, después del incendio y primer saqueo, el monasterio y la Capilla Real sufrieron mucho más por vía pacífica que por vía revolucionaria. Dejo a un lado ahora la depredación que el monumento soportó en las visitas ordinarias de gentes cultas que, sin duda alguna, bajo el pretexto de salvar las innumerables piezas se llevaron cuanto quisieron o pudieron, por eso hay fragmentos de los relieves de los cortejos fúnebres de Poblet que están hoy en el Museo del Louvre, en París, o en el Museo de Toledo, en Ohio.

El testimonio de Elías Rogent, el arquitecto restaurador del monasterio de Santa María de Ripoll, no deja lugar a dudas. En unas notas que pensaba publicar sobre sus viajes a Poblet, en compañía de su cuñado y pintor Claudio Lorenzale, dice: "Cuando Piferrer visitó por primera vez el monasterio, en 1839, aún pudo ver lo que eran los Panteones Reales como también yo lo vi en 1841 y 1845. Añadiré que guardo dos estatuitas de alabastro que formaban parte de las Sepulturas Reales. De 1845 guardo valiosos objetos encontrados por el ya difunto D. Claudio Lorenzale, Director de la Academia de Bellas Artes de Barcelona; por D. Pablo Masferrer, Maestro de Obras públicas, y por el que esto escribe. Esto manifiesta que en 1845 los Sarcófagos Reales abiertos y mutilados aún estaban puestos en los pedestales arqueados que los recibían y que su total desaparición fue muy posterior".

¿Cuándo se produjo esta total desaparición? Vayamos por partes. Esparcidos los restos mortales de los reyes de Aragón por el suelo de la iglesia en 1835, los recogió dos años más tarde Antonio Serret, rector de la cercana iglesia de Espluga de Francolí, colocán-

dolos debajo de la escalera que sube al coro de la parroquia, a salvo de curiosos y nuevas profanaciones. Este hecho fue conocido con mucho retraso en Madrid pero, al menos, sirvió para despertar una conciencia dormida acerca de la necesidad de la protección legal de los monumentos, hasta entonces inexistente. Por una R.O. de 3 de mayo de 1840, pedía la Reina Gobernadora que "no sólo se le informe circunstancialmente acerca del estado en que se halla el Panteón de Poblet, sino que todos los jefes políticos [gobernadores civiles] remitan a este Ministerio noticias de los templos de sus respectivas provincias en que existan sepulcros que por serlo de reyes o personajes cé-

sencillos ataúdes de madera para llevarlos a Tarragona, como así fue. Se depositaron primero en el Gobierno Civil y después pasaron a la catedral donde sólo los restos de Jaime I se expusieron al público en la sacristía de la capilla llamada Corpore Christi en el claustro (1856).

De todos modos, aquella situación tenía mucho de vergonzante y la ciudad de Valencia pidió para sí los restos del conquistador de la ciudad, discutiéndoselos a Tarragona. Esta se comprometió a hacer en el plazo de dos años un monumento funerario digno de los reyes de Aragón, colocándolo en el interior de la catedral. Para ello se formó una comisión que delegó en el ar-



Restauración de los **Sepulcros Reales** en el taller del escultor **Federico Marés**.

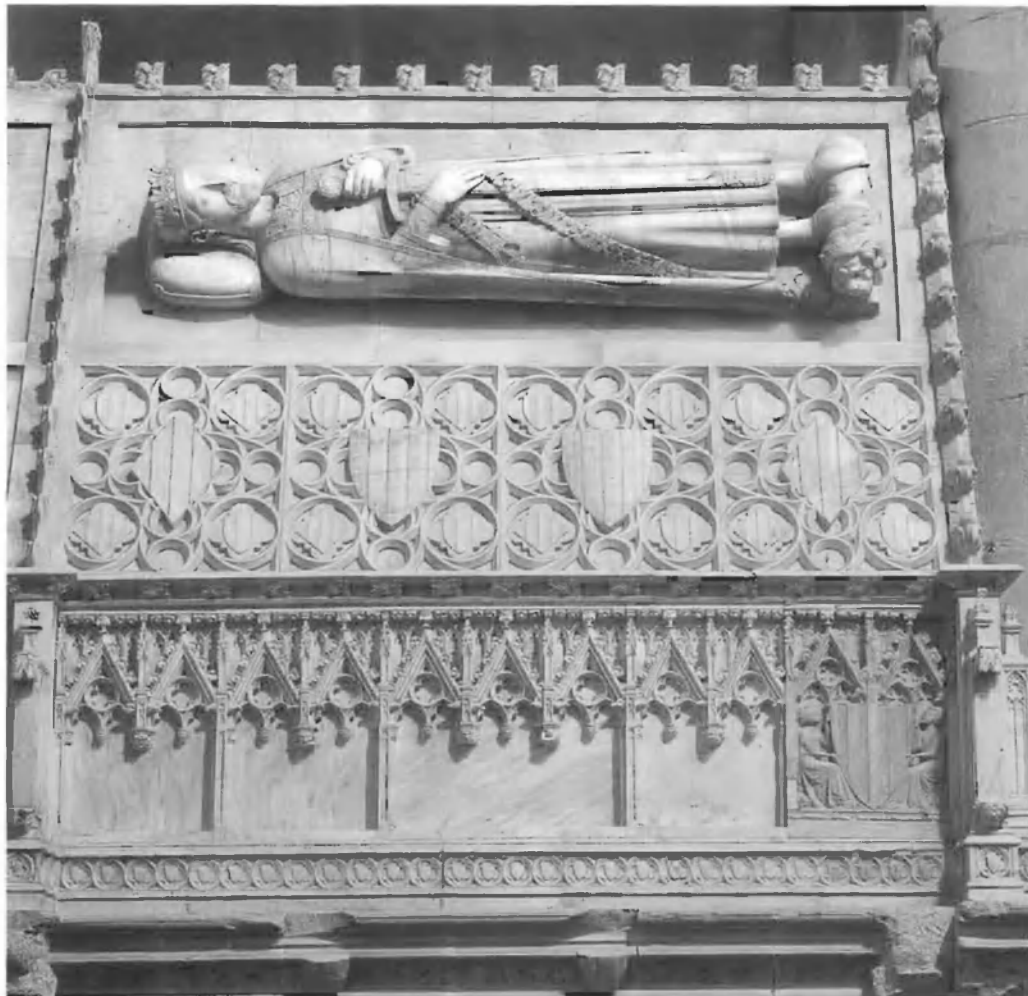
lebres, o por la belleza y mérito de su construcción, merezcan conservarse cuidadosamente...".

Era la primera vez que la Administración se preocupaba no sólo por la "antigüedad" de los objetos sino por su "belleza y mérito". La suerte estaba echada y la protección del patrimonio histórico-artístico empezó a dar sus primeros pasos. También en Francia las medidas de protección habían comenzado como respuesta al vandalismo revolucionario de 1789.

¿Qué fue de los reyes de Aragón? Un comprador de fincas desamortizadas de Poblet, Pedro Gil, conoció la indecorosa situación de sus restos en Espluga y se comprometió a costear unos

queólogo Hernández Sanahuja para que, en compañía del escultor Bernardo Verderol, de su ayudante José Jiménez, de un cantero, un albañil y cuatro peones, pudieran desmontar los panteones de Poblet, con la idea de aprovechar sus materiales finamente labrados en alabastro.

Lo que sucedió a partir de aquel momento fue un desastre, pues no hubo orden ni concierto. Dejo a un lado la mezcla de los restos del Príncipe de Viana con los de los Cardona para recordar que se apalancaron hasta hacerlos saltar los elementos arquitectónicos y escultóricos, se colocaron en unos carros no preparados para su transporte y llegaron hechos añicos a



Tumba de Jaime I tal y como puede contemplarse actualmente en Poblet.

Tarragona, tanto que resultando inútiles para aprovechar casi nada se arrojaron de modo vergonzoso a unos sótanos del antiguo Ayuntamiento, donde se siguieron fragmentando.

Muerto Sanahuja y perdida la memoria de aquellos restos, aparecieron con motivo de la instalación de una escuela en aquel edificio. Tras este redescubrimiento se llevaron al museo del nuevo Ayuntamiento 231 piezas que se instalaron, en 1894, como pudieron, más bien mal que bien, hasta tal punto que muchas se deshicieron y otras volvieron a romperse.

Todas estas piezas conocerían, a su vez, varios traslados componiendo una sala medieval dentro de lo que llegó a ser el Museo Arqueológico Provincial, donde las vio mi padre como director que fue de aquel museo y como lo recoge en su *Guía de Tarragona* (1932).

De todos modos, con fragmentos de los sepulcros de los Cardona y Segorbe y con otros labrados expresamente se hizo "un sepulcro de lance", como lo llama Luis Doménech, para Jaime I, que se colocó en el interesantísimo trascoro gótico de la catedral de Tarragona. Llevaba la fecha de 1856 más la de una adición en 1877.

En 1906 se quiso hacer otra sepul-

tura para reunir los restos de los demás monarcas también en el trascoro, llegándose a encargar al mencionado Doménech, arquitecto y autor de una prodigiosa monografía sobre Poblet (1928), un proyecto para llevar los sepulcros reales al crucero de la catedral de Tarragona, en una situación análoga a la que tuvieron en Poblet.

No se hizo esto por la oposición abierta del arzobispo a que estuviesen allí ni tampoco pasó adelante el segundo sepulcro, y del primero nada queda, pues hubo de desmontarse para su recomposición en Poblet, pero es que por no quedar no queda ni siquiera el trascoro de la catedral que se desmontó con su portada gótica, esculturas y escudos, además de eliminar el facistol, reja y sillería baja... ¿en 1962! ¿Dónde están los bárbaros revolucionarios del siglo XIX?

Resulta imposible resumir todo el proceso vivido por los sepulcros reales de Poblet, pero daremos fin a esta triste historia con el traslado definitivo de los restos de aquellos monarcas al monasterio, donde la restauración había avanzado mucho, especialmente desde la importante gestión de su Patronato, creado en 1930.

En 1942, el Ministerio de Educación encargó al arquitecto Monràvè el proyecto para la recolocación original de los sepulcros, en su parte arquitectónica, y al escultor Federico Marés la imposible tarea de restituir la parte escultórica. Para esto segundo desplegó Marés un talento poco común, hasta dar forma y devolver la dignidad perdida a los restos de los restos que en informes trozos de alabastro se pudieron reunir. Eran unos quinientos fragmentos imposibles de casar y la mayoría de ellos sin el menor interés o difícilmente aprovechables, que debían representar el dos por ciento de lo perdido.

Utilizando un alabastro procedente de Beuda (Gerona), la misma cantera de la que salió en su día la colección de yacentes de Poblet, Federico Marés llevó a cabo una tarea prodigiosa al imaginar el conjunto y las partes de la perdida Capilla Real. Los elementos más expresivos de las primitivas esculturas—verdaderas reliquias en todos los sentidos—fueron encontrando acomodo con naturalidad en los nuevos cuerpos que, sin rechazo, admiten este feliz injerto al tiempo que estimulan el atractivo de la obra final. Nunca se ponderará de modo suficiente lo ejecutado con talento y arte insuperables por el escultor Federico Marés en el monasterio de Poblet.

Terminadas las esculturas, aún hubieron de conocer un percance que pudo ser definitivo, pues siendo trasladadas por carretera en un camión descubierta en su periplo por Madrid, Zaragoza y Barcelona, para su exposición, cayó una tormenta de agua que pudo afectar al material que amalgamaba las partes antiguas con las nuevas.

Afortunadamente no sucedió nada, pero el escultor temió lo peor después de diez años de trabajo. En 1952, con gran aparato cívico-político-religioso se inauguraba aquella obra en la que no participaron ya los sepulcros de los Cardona y Segorbe que, debidamente restaurados, se retiraron a la capilla de las Reliquias, a los lados de un retablo hecho con la portada del antiguo Sagrario, a espaldas del retablo mayor de Forment, que se eliminó en la restauración, seguramente por no ser románico...